

PROGRAMA EMBLEMÁTICO “PARAGUAY LEE Y ESCRIBE”
Componente de Posalfabetización

Club de Lectura

2

Ensayos y Cuentos

DIRECCIÓN GENERAL
DE EDUCACIÓN PERMANENTE

ASUNCIÓN - 2011

FICHA TÉCNICA

Coordinación General

Lidia Sánchez Sosa

Selección de Textos

Lidia Sánchez Sosa

Carmen Rossana Bogado de Orué

María Cristina Invernizzi de Santos

María Elena Torres

María de los Ángeles Villalba

Gabriela Talavera

María de la Paz Bareiro

Diseño

David González Conde

Revisión

María Gloria Pereira Jacquet

Gladys Real de Ramírez

Aportes

Editorial Servilibro, Vidalia Sánchez.

Portal Guaraní.

ISBN: 978-99953-72-70-5

© Dirección General de Educación Permanente
del Ministerio de Educación y Cultura

Dirección: Av. Eusebio Ayala Km. 4^{1/2}

Teléfono: 512-304/5, 506-794/5

Sitio web: www.educacionpermanente.edu.py

Impreso y hecho en: Talleres Gráficos EMASA S.R.L.

Primera Edición 2011.

Tirada: 50.000 ejemplares.



**REPÚBLICA DEL PARAGUAY
MINISTERIO DE EDUCACIÓN Y CULTURA**

Fernando Lugo Méndez
PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA DEL PARAGUAY

Víctor Ríos Ojeda
MINISTRO DE EDUCACIÓN Y CULTURA

Diana Carolina Serafini Fernández
VICEMINISTRA DE EDUCACIÓN PARA LA GESTIÓN EDUCATIVA

María de la Paz Bareiro Dourron
DIRECTORA GENERAL DE EDUCACIÓN PERMANENTE

Nilsa Elizabeth Fretes Yegros
DIRECTORA DE ALFABETIZACIÓN, EDUCACIÓN BÁSICA Y MEDIA

ÍNDICE

7 Capítulo 1: ENSAYOS

7 1.1 El rito del mate

9 1.2 La fotografía

13 1.3 El prodigio de las piedras que estallan

16 Capítulo 2: CUENTOS

16 2.1 La cita

20 2.2 La confesión de las semillas

24 2.3 La libreta de almacén

29 2.4 El almohadón de plumas

32 2.5 Pirulí

43 2.6 Vereda y Calle

46 2.7 Las plantas también florecen en invierno

49 2.8 El espantapájaros soñador

55 2.9 Recuerdo de Reyes

59 2.10 Detrás de los vidrios

61 2.11 Canta el gallo

65 2.12 Pequeña historia de amor grande

66 2.13 Competencia entre avestruz y garrapata

69 REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

1 ENSAYOS

1.1 EL RITO DEL MATE

*De: Páginas escogidas
Carlos Zubizarreta (paraguayo)*

El paraguayo gusta del mate al modo clásico, amargo siempre y en porongo. Así lo toma como desayuno y al despertar de las siestas. Durante las otras horas del día, obligado por el calor de su clima, lo cata en tereré, que es la infusión con agua fría, cebada en guampa con gran cantidad de yerba mate.

El padre Montenegro condenaba el hábito del mate caliente y exaltaba las virtudes del tereré. Muchos cronistas de su orden atribuyeron, en efecto, al mate tibio y caliente propiedades revulsivas. Pero el error proviene de la confusión que hacían de la yerba mate con la llamada *ilex vomitoria*, especie tóxica del mismo género, que los guaraníes usaban para provocar el vómito con fines desconocidos.

En general los jesuitas - que después hubieron de lucrar enormemente con el beneficio de la yerba mate - mostráronse al principio contrarios a su uso y condenaron el favor que el brebaje alcanzó rápidamente entre los españoles de la colonia.

El padre Diego de Torres, provincial que fue del Paraguay,



llegó al extremo de denunciar su uso como vicio horrendo ante la Inquisición de Lima. Decía que era “una superstición diabólica que acarrea muchos daños”, y agregaba que el hábito estorbaba a la frecuencia de los sacramentos, especialmente a los de la Eucaristía y Santa Misa. Como es la yerba una bebida muy diurética, “salían a orinar una o más veces durante la misa, con notable irreverencia y escándalo”. Como ejemplo del abuso citaba el caso de que, en el año 1620, quinientos españoles vecinos de Asunción consumían anualmente quince mil arrobas de yerba mate.

¿Cuándo se aficionó el español al verde brebaje indígena? La crónica no lo dice. Mas es indudable que el conquistador aprendió del indio a gustar del mate en los albores del coloniaje.

Cuando le tuvo cerca, por amigo y aliado, pudo estudiarle en su intimidad. Compartiendo con él la vida real en las jornadas quiméricas del descubrimiento, vio posiblemente cómo se cargaba un pequeño calabacino con polvo verdusco que extraía del bolsillo tejido que pendía de su cintura; observó cómo vertía sobre él agua caliente que sacaba del caldero de barro, y cómo luego, lentamente, con deleite y devoción, sorbía el líquido a través de un fino canutillo de tacuara.



1.2 La fotografía

Por Antonio Gómez Iruela. Co director español de Prodepa Koë Pyahu.

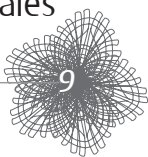
Mucho antes de que se pudieran fijar las imágenes ya existía la preocupación por captar el entorno de alguna manera.

La cámara oscura la utilizaron seguramente los griegos, y los astrónomos para ver el sol, y los arquitectos del Renacimiento en Italia, y después los pintores, seguramente. Incluso el pintor español Velázquez usó una cámara oscura para ver la perspectiva de uno de sus cuadros más famosos “Las Meninas”.

En 1839 dos franceses llamados Niepce y Daguerre inventaron una manera de fijar las imágenes, en negativo, sobre una placa de plata; utilizaron una cámara oscura, un invento muy anterior que, basándose en las propiedades físicas del ojo, permitía “atrapar” dentro de una caja oscura las imágenes de la naturaleza.

Al mismo tiempo, en Inglaterra, un clérigo llamado Henry Fox Talbot desarrolló un método parecido con el que, también por medio de una cámara oscura, podía fijar las imágenes a un papel....y como ese papel podía hacerse transparente, solo era necesario ponerlo en contacto con otro igual para que las imágenes apareciesen en positivo.

Claro, que antes había que sensibilizar el papel con sales

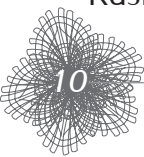


de plata, todos sabemos que la plata se oscurece con el sol, y luego había que sacar la plata no oscurecida del mismo papel para que no siguiera oscureciéndose, en fin, unos procedimientos lentos y complicados que fueron perfeccionándose con el tiempo hasta llegar a los negativos fotográficos, a los papeles de fotografía en blanco y negro primero y luego en color, a las diapositivas que no necesitaban negativo, a las fotos polaroid que salían al instante, etc, etc y casi sin darnos cuenta, a la fotografía digital, que en realidad ya no es fotografía porque no tiene negativo, ni tiene papel pero nos sigue sirviendo para lo mismo, para fijar nuestros recuerdos, para recordar cómo eran nuestros seres queridos muchos años después de que hayan desaparecido, o para recordar nuestro valle años después de haberlo dejado.

La fotografía no es la realidad, pero se parece a la realidad y nos sirve para recordar nuestra realidad.

La fotografía ha sido sobre todo un buen negocio, ha cubierto una necesidad humana, y ese es el secreto de su éxito, ¿a quién no le gusta tener una foto del hijo cuando sale de casa? ¿quién no quiere conocer a sus abuelos cuando se casaron o tener un recuerdo de sus vacaciones? , ¿quién no lleva una foto de sus hijos en la billetera?.

Precisamente porque era un buen negocio tuvo tanta expansión, en 1840 ya había muchos fotógrafos haciendo daguerrotipos en América, en 1850 la guerra de Crimea, en Rusia, fue documentada en fotografías por Roger Fenton,



hacia 1860 unos fotógrafos franceses, Disderi y Nadar, pusieron de moda el hacerse tarjetas de visitas con fotografía y todo el mundo quiso tener la suya.

En esos mismos años los franceses y los británicos comenzaron a viajar por todo el mundo con sus cámaras auestas para fotografiar los monumentos y los paisajes y a partir de ahí cualquiera pudo conocer el mundo sin salir de casa. En 1870 los soldados de la guerra de Secesión Norteamericana ya enviaban calotipos o ambrotipos a sus novias; el primer ferrocarril de América del Sur, el de Paraguay, fue documentado en fotografías desde el primer momento.

También la ciencia se vio beneficiada por la fotografía: Hacia 1880 otro francés llamado Marey estaba haciendo estudios sobre cómo parar el movimiento con la fotografía, nada menos, y un americano del norte, Muybridge, consiguió parar la carrera de un caballo, eso sí que era un sueño, parar el movimiento de un caballo al que ni siquiera un ojo puede seguir, y no mucho más tarde parar el movimiento de un auto en plena carrera o el salto de un arquero atrapando el balón.

La primera foto de la luna se hizo en 1890 y la primera foto usando rayos x se la hizo Roentgen a la mano de su señora en 1895 es decir, fotografió lo invisible, los huesos de la mano.

Los artistas se beneficiaron también de la fotografía: Pintores, escultores, sin hablar de que la propia fotografía pasó



de ser una técnica a ser un arte, hoy no nos extraña que nadie exprese sus ideas o su visión del mundo a través de la fotografía. La fotografía no es una ciencia auxiliar, es un arte por sí misma.

Y los periodistas se beneficiaron también de la fotografía: A partir de 1890 comenzaron a aparecer fotos en los diarios y hoy no entenderíamos las noticias sin fotografías, no conoceríamos los eventos sociales, ni las guerras, ni las catástrofes ni los eventos deportivos sin la fotografía.

En 1907 aparecieron en Francia las primeras fotos en color, los autocromos de los hermanos Lumiere quienes también “inventaron” el cine a partir de la fotografía. En 1912 un premio Nobel español, Santiago Ramón y Cajal, inventó otro método para hacer fotografía en color y a partir de los años 30 la fotografía en color se popularizó sobre todo en Estados Unidos.

A partir de ahí lo importante son los movimientos artísticos en fotografía que son demasiado complicados para exponerlos aquí, pero el invento se benefició de los artistas igual que los artistas se beneficiaron del invento. Ese es el gran misterio de la fotografía, sirve para todo, cubre muchas necesidades, por eso siempre fue un buen negocio y por eso se expandió tan rápido por todo el mundo hasta estar presente en cualquier faceta de nuestra vida.

Hoy no entenderíamos la vida sin fotografía y, quizá porque es una herramienta para luchar contra el olvido, nos parece que la fotografía, un invento con apenas ciento ochenta años, estuvo siempre con nosotros.

1.3 El prodigio de las piedras que estallan

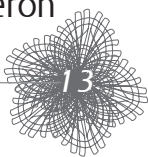
*De: Páginas escogidas
Carlos Zubizarreta (paraguayo)*

En tierra paraguaya existen unas piedras prodigiosas que maravillaron al guerrero de la Conquista. Su hallazgo fortuito a punto estuvo de torcer el curso de los acontecimientos, en el proceso lógico del coloniaje.

Abundan en las regiones del Alto Paraná, en el cauce y en las riberas de los ríos y arroyos. Llámamlas cocos del Paraguay. “Hanle puesto este nombre los españoles” - dice Bernabé Cobo - “por tener figuras de cocos y criarse en la provincia del Paraguay”.

No son otra cosa que piedras geodas (hueco de una roca, tapizado de una sustancia generalmente cristalizada), de forma esférica, en cuyas entrañas nacen y crecen cristales de variado color y de luces tan puras y diáfanas que semejan raras gemas de inapreciable valor. Ulrico Schmidel no las conoció pero otros cronistas antiguos, asombrados de su estallido inexplicable, señalaron su existencia.

El paraguayo Rui Díaz de Guzmán fue el primero. “Descubriéronse en aquel territorio (Guairá) unas piedras muy cristalinas” -dice- “que se crían dentro de unos cocos de pedernal, tan apretados y juntos, haciendo unas puntas piramidales que ocupan toda aquella periferia. Son de diversos y lúcidos colores, blancos, amarillos, morados, colorados y verdes, con tanta diafanidad y lustre, que fueron



tomadas por piedras finísimas y de gran valor, diciendo eran rubíes, esmeraldas, amatistas, topacios y aun diamantes. Esos cocos, por lo común se crían bajo tierra en los montes hasta que, sazoados, los granos, revientan dando un grande estruendo, y con tanta fuerza que se han hallado algunos pedazos de pedernal a más de diez metros de distancia de donde reventó el coco, que con el incremento que toma dentro de aquellas piedrecillas hace tal estrago al reventar debajo de tierra que parece que con la fuerza del estruendo estremecen los montes”.

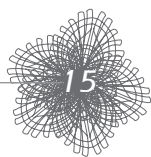
El jesuita Guevara también nos habla en su estilo ampuloso de las extrañas geodas, refiriéndose a la historia del Guairá: “En las repetidas salidas de los españoles a correr el país, dieron con un milagro de la naturaleza, propio del terreno, que a novedad, poco escrupulosa en calificar el fondo de las cosas, tuvo por la mayor riqueza del orbe. Críanse en el país ciertas piedras cristalinas punteadas de colores semejantes a rubíes, amatistas, jacintos, zafiros y demás preciosidades del orbe. Mucha apariencia de riqueza, todo lustre y ningún valor ni estimación. Fórmanse dentro de cocos de piedra y, cuando la naturaleza está para dar a luz aquel prodigioso feto, rompe con fragoroso estallido el pedernal, convidando a los mortales a recoger aquel milagroso conjunto de aparentes preciosidades. No es muy frecuente este aborto, pero la antigüedad de los años y el abandono de los indios en protegerlas fue ocasión de que los españoles descubriesen porción considerable sobre el haz de la tierra.

Otros negaron la existencia del fenómeno, explicando que



el supuesto estallido que los naturales de aquellos lugares decían oír no era otra cosa que ruido de truenos lejanos.

Pero, años más tarde, don Félix de Azara pudo comprobar en sus viajes la presencia de las piedras y su extraordinario reventar. “En bastantes parajes -relata- se encuentran lo que llaman cocos y son unos pedruscos sueltos que encierran dentro cristales con sus facetas apiñadas como los granos de una granada. Los hay de variados colores, y los mayores y más bellos están en la serrezuela de Maldonado. Aseguran allí que por la costra exterior va penetrando un jugo que forma dentro los cristales y que, creciendo éstos y faltándoles cavidad, revienta el coco con un estruendo igual al de una bomba o cañonazo. Los cascajos y guijarros son muy raros, y de los que hay, los más se encuentran en el cauce de las cabeceras de los ríos y arroyos, más nunca he visto brechas o peñajos formados de cascajos”.



2 CUENTOS

2.1 La cita

*De: Cuentos, microcuentos y anticuentos
Mario Halley Mora*

Roberto creyó haber discado bien, pero salió un número equivocado. Y allí empezó todo.

Aquella voz que amablemente le dijo: «Equivocado, señor», una voz sin rostro, anónima hasta la exasperación, puro sonido, le trajo misteriosas sensaciones. Y trató de seguir la conversación.

-Disculpe, señorita. No quise molestar. Creo haber discado bien...

-Suele suceder, señor -replicaba la voz.

-La línea suele estar recargada a esta hora...

-Bueno, razón para que no se culpe, señor -detrás de la voz amable, Roberto adivinaba un atisbo de sonrisa buena, paciente, femenina.

Y del tema de la línea recargada pasaron a otros, con cautela, probándose, como dos desconocidos, hombre y mujer, que van a salir a bailar su primera pieza, y los pies no se

acomodan al ritmo que surge y vibra en la orquesta.

A los 20 minutos Roberto ya había declarado que era soltero (cierto), que tenía 32 años (mentira, tenía 38) y había averiguado que ella tenía 25 años (?), que era morena, y también soltera.

A la media hora...

-Sería para mí tanta satisfacción conocerla...

-¿Después del primer llamado...? Oh...

-Es que... se vive hoy tan de prisa...

-Sí. Pero qué pensará de mí...

-...que es una chica moderna...

Y consiguió la cita.

-Estaré allí a las cinco. Llevaré un traje ambo, pantalones grises y saco obscuro... y ah... corbata verde.

-Lo reconoceré, Roberto (ya se habían intercambiado los nombres). Yo llevaré minifalda azul a motitas blancas. Y botitas blancas.

Fijaron la concurrida esquina céntrica, la hora, y se despidieron. Ya al colgar, Roberto se dio cuenta que no había preguntado con qué número estaba hablando.



Cuando colgó el tubo telefónico, Roberto sintió una sensación de alegría. Solterón, un poco triste y gastado, prisionero de su solitaria vida de pensión familiar, muchas veces había soñado con una compañía permanente, una casita suya y una mujer, también suya.

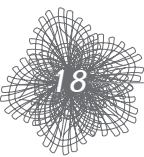
Aquella voz, un poco arrastrada pero suave, a la manera de un sonoro dulce de leche, había creado en su mente una imagen de mujer sencilla, sensata, complaciente, hacendosa, de manos hábiles para coser primorosas cortinas para las ventanas y para podar los rosales del jardín... Y esperó con impaciencia la cita.

Perla, cuando colgó el tubo, sintió una cálida sensación de alegría.

Todavía era joven, pero la vida no le había tratado bien.

Roberto, el de la llamada equivocada, le gustó. Ya no andaba detrás de príncipes azules, sino de un marido bueno, de grandes pies bien posados en tierra, que viviera en soledad para apreciar mejor la compañía, y que tuviera gustos sencillos, como una casita propia, con un jardín y muchas cortinas vaporosas en las ventanas...

A ese hombre ella le podía ofrecer aún mucho. Se sabía bastante linda, sensata, complaciente, hacendosa, y loca por tener un hogar donde dedicarse a los quehaceres domésticos...



Pero a la vera de las ilusiones, siempre camina la duda, como una sombra pegajosa y molesta. Y Roberto se decía:

-¿Y si fuera un loro la Perla esa...? ¿Una solterona anteojuda y flaca...? Al final de cuentas, la voz no es todo...
Por su parte, Perla también razonaba cautamente:

-¿Y si no fuera más que un don Juan...? ¿Algún vejete aventurero y con compromisos...?

Nunca se encontraron. Para verla primero, Roberto llevó un traje azul con corbata gris.

Pero Perla también pensó lo mismo. No llevó la minifalda a motitas, sino traje sastre color salmón.

Hoy, de vez en cuando, en la soledad de su cuarto de pensión, Roberto trata de memorizar un número telefónico. Y Perla se sobresalta cada vez que suena el teléfono, esperando que sea una llamada equivocada.

2.2 La confesión de las semillas

*De: Desde el encendido corazón del monte
Renée Ferrer*

Se encontraron después de varios años, cuando el cuerpo de sus antecesoras no era sino un recuerdo leñoso en el ciclo de las estaciones.

De modo fortuito, y hasta si se quiere inverosímil, se enteraron de la cita concertada por sus madres. Nadie en la selva o en la ciudad, o a lo largo del río, mencionó alguna vez aquella historia, y no se hubieran enterado jamás, si no fuese por un búho que, arrastrando sus vigilias por distintos parajes, solía repetirla bajo la plácida mirada de la luna.

Dentro de una vaina oblonga, arropadas por una pelusilla, con la impaciencia de la partida apenas sojuzgada y la curiosidad reventándoles por todas partes, ocho semillas de un samu'ú decidieron reunirse al cabo de los años, a recordar los días de [28] encierro y las vicisitudes de la separación.

Con la vida guarecida en los cotiledones a la espera de la germinación, se entregaron confiadas a los raptos del viento, emprendiendo un viaje que terminaría, sin duda, en la majestad de un árbol.

Poco después, desde la intimidad de la tierra, los brotos perforaron el tegumento malva, levantándose hacia el cielo



con el vigor de un niño. Fue lindo desperezarse al sol, descubriendo el mundo con las plúmulas henchidas de savia; beberse a tragos pequeños los aguaceros y sentir el zarrandeo de la brisa dejando, sin embargo, las hojas tiernas en su sitio. Lindo, asombrarse ante la levedad de los nidos sobre las ramas incipientes y, una vez coronadas de verdor, escuchar en el follaje el trajinar de los pájaros. Y, más tarde, deslumbrarse ante el abultamiento de las yemas, el estallido de las corolas o las frutas en sazón.

Conocido el motivo de la cita por las divagaciones del búho, las hijas de aquellas semillas andariegas no cejaron en el empeño de encontrarse, siguiendo el itinerario de su memoria pajarera.

Así fue como un verano, bajo un cielo deslumbrado de estrellas, formando un círculo confidente, se reunieron en el mismísimo lugar donde se dispersaran las semillas primigenias.

Una partida de grillos aserraba el silencio del palmeral dormido, cuando empezaron a develar sus existencias dispares.

Trasplantadas de un almácigo municipal al paseo de una avenida, algunas vieron emerger de su embrión una sombra salpicada de flores. Otra recordaba el sonido luminoso de los niños jugando a perderse y a encontrarse detrás de su tronco barrigudo.

No faltó quien tuviese aventuras más distantes. Arrastrada



por los vientos hasta una tolдерía, creció junto a un río, presenciando la transformación de su tronco en una canoa, en la cual los hombres se internaban a pescar.

La más turgente brindó el agua almacenada en su interior para alivianar la sed de todo un pueblo, durante una sequía que no llevaba trazas de terminar. ¡Qué rica está! ¡Qué rica está! escuchaba bendecir, mientras le dolían los tajos en la albura y a la gente le crecía el alivio.

De su biografía de árbol trajo alguna el recuerdo de un pájaro carpintero que le hacía unas cosquillas locas con el pico. Y otra, muy oronda, se jactaba de la arremetida de un torbellino de picaflores.

Empalidecían las estrellas cuando notaron que la última se había separado del grupo, reclinándose a llorar.

El desconcierto fue completo. Al instante, la curiosidad deshilachó sus preguntas. ¿Qué pasa? ¿Qué le pasa? ¿Qué te pasa? Todas quisieron saber. Pero ella, convulsa, no podía contestar.

Después de mucho consuelo y no menos paciencia, escucharon su confesión: Yo provengo de un árbol tan alto que los pájaros lo elegían para alcanzar las nubes. Los nidos que yo albergaba parecían hechos de luna, y los silbos encontraban abrigo entre mis ramas. Mi tronco memorizó la huella de los insectos y el dorado zumbir de las colmenas. Detrás, se refugiaban el miedo del venado y el temblor de



las liebres, al presentir los pasos del cazador furtivo. Las lianas me pedían permiso para trenzar su indolencia en torno a mi ramaje. Era feliz. Un pilar de la selva me sentía, con la sola ambición de mantenerme en pie proclamando la vida.

Pero un día, se quebró el rumoroso palpitar del monte. La umbría quietud quedó desbaratada. Los escuché llegar. Era tiempo de tala, quemazón y desbande.

Me golpearon sus voces; el brillo del acero trizó la tersura de las cortezas; el chasquido de las cadenas nos despobló de gorjeos. Aguardé, esperanzado dentro de mi tristeza, viendo que se llevaban a otros como yo. Conjeturé mi destino. Me desvelé esperando hasta que, sin escuchar mis súplicas, cumplieron con la orden y nos prendieron fuego.



2.3 La libreta de almacén

De: Cuentos, micocuentos y anticuentos
Mario Halley Mora (Paraguay)

Cuando me mudé a aquella casa que por mucho tiempo estuvo en venta, y para la cual no apareció comprador (yo) sino cuando rellenaron una zanja carcomida por la erosión que amenazaba tragarse el patio, descubrí que en el inevitable trascuarto, los últimos habitantes habían dejado los también inevitables trastos inservibles. Una silla rota, un retrato con los marcos comidos y los vidrios rotos de un personaje bigotudo y de mirada triste, un montón de libros deshojados e incompletos, etc., etc.

Revisaba aquellos libros con la esperanza de hallar alguno valioso, o por lo menos útil, cuando encontré el cuaderno, vulgar, de “una raya” y de 20 hojas. Y bastante manoseado. Con primitiva letra de almacenero, tenía escrito en la tapa: Libreta de Almacén.

Después de hojear rápidamente el cuaderno, pensando que aún tendría hojas útiles - soy bastante avaro, lo confieso -, y cuando iba a tirarlo, porque no las encontré, se me ocurrió una idea, vaga e imprecisa al principio. ¿No estaba escrita acaso en esa monótona lista de compras a créditos vulgares la historia de una familia? Al fin de cuentas, uno está hecho de lo que come.

Volví a estudiar el cuaderno, o la “libreta”, en la primera



página, que llevaba fecha del 20 de setiembre de 1945, en cuyo día se iniciaron las relaciones comerciales entre los antiguos habitantes de la casa y el almacenero. Prueba de ello es que, antes del azúcar, el arroz y el aceite, la columna correspondiente al 20 de setiembre, empezaba con esta anotación: “Un cuaderno de 20 oja de una raya - 50 céntimos”, es decir, que las compras a crédito empezaban con la adquisición del cuaderno mismo. Las anotaciones del 20 al 30 de setiembre, eran una monótona sucesión de lo mismo, las rutinarias compras de una ama de casa bastante ahorrativa (compraba por cuartos de kilo), por lo que se me ocurrió que había sido demasiado fantasioso al querer adivinar a través de esa libreta cómo eran y qué hacían los desconocidos habitantes de la casa. Sin embargo, volví a repasar la lista de esos diez días, y me fijé en un detalle: el 21 de setiembre estaba anotada una compra: “crema de lustrar negra: 30 céntimos”; y otro: cada día, religiosamente, se anotaba: “un Alfonso XIII: 10”. Empezaba a tomar forma la imagen de ÉL. Era cuidadoso de su aspecto personal, pero ahorrativo, pues prefería lustrarse él mismo los zapatos antes que pagar a un lustrabotas. Además no era viejo, como lo demostraba el hecho de fumar un paquete por día de Alfonso XIII, de poderoso tabaco negro. Posiblemente era un empleado, pues si hubiera sido obrero no necesitaría lustrarse los zapatos, o simplemente no los tendría; y ese fumar mucho hablaba de un trabajo monótono, de oficina. ¿Y ELLA? Me desconsolé pensando que la libreta no traía una sola anotación que diera la clave de su presencia. Posiblemente -pensé- ni siquiera existiese, que ÉL fuera un solterón. Sin embargo, el 4 de octubre de 1945

aparecía una compra reveladora: “Hilo N° 16 y 3 pliegue de papel de color: 50”.

Un barrilete, claro. Entonces, allí había un niño. Y si había un niño, y un hombre que fumaba un paquete por día y se lustraba los zapatos, también debería aparecer una mujer, esposa, madre. Pero nada aparecía que se refiriera a ella. ¿No existía... o se resignaba a no existir? Suele suceder, la mujer que se casa, que se anula, que no pide nada para sí, que vive para el marido y para el hijo, sumisa, doméstica, ama de casa de cucharón y plumero. Di por sentada la presencia de esta mujercita que hacía del amor un camino de sacrificio y renuncia, y tuve a la familia reconstruida. Pero no tanto, debería conocer primero la edad del hijo para deducir la de los padres. El 14 de octubre encontré una anotación: “Un cuaderno de doble raya: 50”. Para las tareas escolares del hijo, desde luego, y de “doble raya”, es decir, de un tipo que sólo se usa en primero o segundo grados. Entonces, el chico estaría entre los 6 y 7 años. Partiendo de allí, hice una imagen mental de la familia: ÉL, no más de treinta, flaco (compraban por cuartos de kilo), serio y formal (nunca se anotó ni siquiera una botella de cerveza) y amante de su hijo (le hacía barriletes...). ELLA, menudita, desdibujada, humilde, joven de cuerpo, vieja de corazón. EL NIÑO, de seis o siete años. En fin, un trío común y corriente.

Pensé que ya debería darme por satisfecho. Que ya nada me diría de aquellas vidas antiguas la sucia libreta de almacén. Hasta que el 12 de noviembre encontré dos anotaciones que salían de la rutina: “2 cafiaspirina - medio litro

de alcohol retificado: 1.80". Uno de los tres había enfermado. Pero ¿quién? La respuesta estaba en las anotaciones del día siguiente, 13 de noviembre: "Un trompo, metro y medio de liña de pescar: 25". El enfermo era el chico. Lo estaban sobornando para tomarse el jarabe. No podía ser de otra manera, pues si uno de los padres estuviera en cama, no sería el momento de comprarle un chiche al nene. ¿Se habría repuesto? Examiné las compras de los días siguientes, 14, 15, 16, 17 de noviembre, y eran las de rutina. Pero el 18, a éste se sumaba un artículo que nunca apareció: "Un jabón Palmolive: 1.50". Volví atrás, y comprobé que todas las compras anteriores de jabón se referían al vulgar jabón de coco, de 20 céntimos. ¿Por qué de repente un jabón de lujo? Quedé desconcertado y examiné la hoja del 18 de noviembre, más cafi aspirina. El chico seguía enfermo. Entonces, surgió la respuesta: visitas. Visitas que iban al baño a lavarse las manos. Visitas a quienes se tenía vergüenza de mostrar miseria; un médico, tal vez un médico amigo y generoso, a quien por lo menos se le debía el homenaje de un jabón perfumado para las manos.

Entre el 18 y el 30 de noviembre, a primera vista, la libreta no ofrecía nada sobre el curso de la enfermedad del chico. Sin embargo, un detalle surgió, sutil y peligroso. El padre ya no compraba un paquete diario de Alfonso XIII, sino cada dos días. Además, sumando las compras, se notaba que se habían reducido. Se estaban limitando a lo esencial. Ahorran. Lo del chico debió ser grave. Y más adelante, esto pareció confirmarse. Estaba anotado el 6 de diciembre, con la letra primitiva, pero tan plena de vitalidad de aquel obs-



curo almacenero que, por lo visto, tenía corazón: “Efectibo: 50.00 guaraní”. Habían tenido que recurrir a un préstamo.

Del 7 al 15 de diciembre no aparecía absolutamente nada, ni siquiera la sacrosanta compra de cigarrillos, ni lo más elemental para comer. ¿Habrían llevado al chico al Hospital?

Con ansiedad, miré la página siguiente, que era la última que fuera utilizada. Llevaba fecha del 22 de diciembre, y la letra del almacenero aparecía un poco más temblorosa: “2 paquete vela esperma, larga. Medio metro cinta negra. Efectibo: 50.00 (obsequio de la casa)”



2.4 El almohadón de plumas

*De: Cuentos de amor, locura y muerte
Horacio Quiroga (Uruguayo)*

En ese extraño nido de amor, Alicia pasó todo el otoño. No obstante, había concluido por echar un velo sobre sus antiguos sueños, y aún vivía dormida en la casa hostil, sin querer pensar en nada hasta que llegaba su marido.

No es raro que adelgazara. Tuvo un ligero ataque de influenza que se arrastró insidiosamente días y días; Alicia no se reponía nunca. Al fin una tarde pudo salir al jardín apoyada en el brazo de él. Miraba indiferente a uno y otro lado. De pronto Jordán, con honda ternura, le pasó la mano por la cabeza, y Alicia rompió enseguida en sollozos, echándole los brazos al cuello. Lloró largamente todo su espanto callado, redoblando el llanto a la menor tentativa de caricia.

Luego los sollozos fueron retardándose, y aún quedó largo rato escondida en su cuello, sin moverse ni decir una palabra.

Fue ese el último día que Alicia estuvo levantada. Al día siguiente amaneció desvanecida. El médico de Jordán la examinó con suma atención, ordenándole calma y descanso absolutos.

-No sé -le dijo a Jordán en la puerta de calle, con la voz todavía baja-. Tiene una gran debilidad que no me explico, y sin vómitos, nada... Si mañana se despierta como hoy, llámeme enseguida.



Alicia lo miró con extravío, miró la alfombra, volvió a mirarlo, y después de largo rato de estupefacta confrontación, se serenó. Sonrió y tomó entre las suyas la mano de su marido, acariciándola temblando.

Entre sus alucinaciones más porfiadas, hubo un antropoide, apoyado en la alfombra sobre los dedos, que tenía fijos en ella los ojos.

Los médicos volvieron inútilmente. Había allí delante de ellos una vida que se acababa, desangrándose día a día, hora a hora, sin saber absolutamente cómo. En la última consulta Alicia yacía en estupor mientras ellos la pulsaban, pasándose de uno a otro la muñeca inerte. La observaron largo rato en silencio y siguieron al comedor.

-Pst... - se encogió de hombros desalentado su médico-. Es un caso serio... poco hay que hacer...

-¡Sólo eso me faltaba! -resopló Jordán.
Y tamborileó bruscamente sobre la mesa.

Alicia fue extinguiéndose en su delirio de anemia, agravado de tarde, pero que remitía siempre en las primeras horas.

Durante el día no avanzaba su enfermedad, pero cada mañana la funda, a ambos lados del hueco que había dejado la cabeza de Alicia, se veían manchitas oscuras.



-Parecen picaduras -murmuró la sirvienta después de un rato de inmóvil observación.

-Levántelo a la luz -le dijo Jordán.

La sirvienta lo levantó, pero enseguida lo dejó caer, y se quedó mirando a aquél, lívida y temblando. Sin saber por qué, Jordán sintió que los cabellos se le erizaban.

-¿Qué hay? -murmuró con la voz ronca.

-Pesa mucho -articuló la sirvienta, sin dejar de temblar.

Jordán lo levantó; pesaba extraordinariamente. Salieron con él, y sobre la mesa del comedor. Jordán cortó funda y envoltura de un tajo. Las plumas superiores volaron, y la sirvienta dio un grito de horror con toda la boca abierta, llevándose las manos crispadas a los bandós. Sobre el fondo, entre las plumas, moviendo lentamente las patas velludas, había un animal monstruoso, una bola viviente y viscosa. Estaba tan hinchado que apenas se le pronunciaba la boca.



2.5 Pirulí

*De: Cuentos Completos
Augusto Roa Bastos (Paraguay)*

-¡Pirulíí...! -grita la mujer hacia el rancho, sin dejar de meter entre los dientes del trapiche los trozos de caña dulce que va sacando de una pila. Al agacharse, el humo del cigarro se mezcla al vapor del rocío.

-¡Pirulíí..., Pirulíí...! ¡Eyú puée...! -vuelve a gritar Eleuteria por el costado de la boca, urgiendo a alguien que tarda en aparecer. Sus manos viborean junto a las muelas cilíndricas reponiéndoles su mascada de hinchados canutos que caen del otro lado en bagazo planchado, casi seco. El mosto gotea espeso y fragante de los cilindros de madera que gimen una vez a cada vuelta con un gemido cadencioso y soñoliento de eje de carreta, al girar el malacate del que tira un matunguito apelechado y rengo.

En la espuma rosada del amanecer que aún tiene coágulos de noche al borde de la islita boscosa, la mujer y el caballo se mueven como las figuras de un sueño que poco a poco van adquiriendo consistencia y realidad. El chillido del trapiche sube y baja como un hueso roído bajo la piel de rumores píos y mugidos que los gallos hilvanan de rojos cornetazos, uno tras otro, cada vez más remotos. El horizonte invisible empieza a moler luz como el trapiche de Eleuteria muele la caña de la “cochesa”, en la menuda zafra doméstica.



Las ollas negras se van llenando lentamente. El caldo verde y espumoso atrae las lechiguanas del monte que zumban ávidas y mareadas en el olor azucarado. De las ollas o del bagazo van al lomo del caballo cuyo cuero sarnoso, comida de uras y yatebús, se estremece al contacto de las trompetillas aladas. Mosto y keresa, pus y miel, humo, luz y vapor, movimientos, recuerdos, sonidos, hacen mezclados el espeso jarabe de la mañana que araña más que el tabaco la garganta de Eleuteria, Crisanto Alvarenga viudaré, que le dicen.

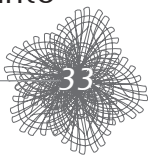
-¡Pirulíí...! ¡Mita'í tepotíí...! -vuelve a llamar roncamente más feliz que irritada contra el crío dormilón.

-¡Ya voy, mamaíta...!

El rostro atezado de Eleuteria sonríe en secreto. En la puerta del rancho aparece por fin un mita'í flaco y desnudo, con las greñas duras y las facciones aún adormiladas. Bajo la capa de sueño que se está resquebrajando, la carita de comadreja de Pirulí es hermosa y terrible. Por su boca díscola ya empieza a manar la sonrisa como un tajo de sol sobre un guijarro limpio y cobrizo de arroyo. Bajo la piel oscura ya está despertando también el diablito naranjero.

-¡Ajhátama, mamaíta!

Eleuteria no vuelve el rostro. Sabe que su hijo se está acabando de vestir en la puerta del rancho. Primero se ha enfundado el pantaloncito lleno de remiendos. Se ata el cinto



de cuero trenzado del que cuelga la jondita de goma con horqueta de guavirá. Luego se viste la blusa, enorme porque fue del finado. Eleuteria le achicó un poco las costuras, pero se olvidó de las mangas. Pirulí se las arrolla alrededor de los brazos. Mientras sus dedos trabajan con los pliegues sucios y rotos, en los bolsillos cantan las bolitas de vidrio y un poco más sordamente los bodoques de barro colorado cocidos al sol, a cada uno de los cuales Pirulí encomendará certeramente en el cuero de su jondita la muerte de un chochí o de un havía koro chiré. Sí, che karaikuéra. Ese ko e'mi muchachito, ahí donde lo ven u'tedes, cabezudo pero lindo-porã, como un ta'angá hecho de cera de mbá'í pochy, retrato vivo y chiquito de mi pobre Crisanto, que en pá manté de'canse. Hay que ver las canas invernicas que le saca. Moscas de ceniza entre el cabello oscuro. Le quebranta a cada paso hasta los huesos del alma, pero lo quiere, lo quiere más que a su vida, porque sólo se quiere en este mundo lo que se paga con dolor de corazón.

-¡Guá, mamaíta!

Eleuteria, tomada de improviso por el cariñoso empujón del chico, casi mete la mano en el trapiche.

-Mita'í tepotí! Ya me asutate otra vé, demoño tie'y...

-E'a, mamaíta. ¡Guá!, te dije nomá nikó. Vo'ko te asutá de-barte voí.

-Güeno, quedáte aquí, atendé el trapiche. Vi'a traer leña para hacer el eíra.

-Sí, mamaíta.

Eleuteria toma el machete Barcelona y se interna en el montecito, brillante el hierro afilado herido por la luz, oscura ella con el trapo floreado atado a la cabeza, el cuerpo enjuto, aún joven, casto ahora a fuerza por la ausencia de su hombre muerto de una mala puñalada, aunque no muerto del todo porque está creciendo, viviendo de nuevo en este cachorro levantisco que tanto se le parece, que ha heredado su inclinación irresistible a desafiarlo todo, a burlarse de todo con un coraje feroz y sonriente.

Pirulí mete en el trapiche una caña tras otra. Ve gotear el mosto verde. Bebe uno o dos tragos en el hueco de sus manos. Ve caer el bagazo blanco del otro lado. Ve volar las lechiguanas ahítas con sus vientrecitos de seda negra, preñados de azúcar, a punto de estallar. El andar giratorio y rengo del matungo atado al palo del malacate, le da sueño. Bosteza. Se aburre. Por hacer algo levanta del suelo un macizo garrote y lo introduce en el trapiche en lugar de la caña. El caballejo ciego y apelechado encorva el espinazo, estira por encima de sus fuerzas, pero no puede. El trapiche pesa ahora más que la bordalesa de miel que suele llevar al pueblo tirando del carrito, pesa más que el arado, se ha vuelto pesado como el mundo. Los rodillos se atascan en el garrote. Es imposible levantar un tranco más, la mitad de un medio tranco siquiera. Pirulí frunce los labios vagamente satisfecho y retira el garrote de la muela. El caballejo fatigado espera con las verijas sumidas y palpitantes por el esfuerzo, derramando una diarrea flemosa y sanguinolenta.



-¡Néike, cabayú tepotí! ¡Vamooo, puee...!

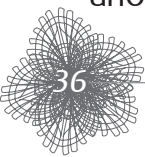
El matunguito no oye, no se mueve. Entonces, Pirulí desenreda del cinto su jondita y le dispara ye-mborayú-jhape dos bodocazos seguidos que explotan en el anca de la bestia sumisa. Su espinazo vuelve a curvarse en el estirón. Reanuda su marcha renga y cansina. El lamento del trapiche vuelve a oírse. Por afinar la puntería, ensaya dos nuevos tiros; esta vez los bodoques estallan en polvo rojizo en las orejas del matungo, cuyos bordes empiezan a sangrar para delicia de los tábanos. El caballo tuerce la cabeza hacia el chico sentado en cuclillas junto al trapiche.

-¿Por qué, Pirulí? ¿Por qué? -parecen preguntar sus ojos muertos y húmedos.

-¡Jhooo..., jho'ooo..., vamooo, cabayú! -grita Pirulí por toda respuesta.

La marcha circular continúa. Continúa el intermitente lamento del trapiche. Es una carreta que anda fija en un punto, pisando caña, chorreando mosto en las ollas negras bajo el aire maravillosamente límpido de la mañana.

Pían los pájaros. Pirulí se aburre. Quisiera ser Pombero, Póra, Luisón, algún monstruo del que todos disparasen. Quisiera hacer algo terrible que justificara este vago ensueño. Pero el sol empieza a brillar. El corazón dulcemente siniestro del chico se arruga para adentro, en la penumbra de sus doce años indómitos.



Pirulí recuerda sus aventuras. Analiza despectivamente cada una de ellas. Casi todas le parecen tontas, pueriles.

-Mita'í rembiapó, sudor de perro debate... -piensa descontento.

Una sola le produce cierta complacencia: la del kuriyú. Hacía de esto tres o cuatro meses.

Él fue quien buscando una vaca encontró la enorme víbora a orillas del bañado, sumida en el sopor de la digestión, después de haberse tragado un ternero. Sabía que las boas en este estado son inofensivas. Pirulí pensó que no se le presentaría nunca otra oportunidad semejante y se animó. Se apeó del matungo y con el machete degolló a la víbora, casi asfixiado por el temor y la felicidad. Después convocó a consejo de guerra a los demás miembros de su pandilla, de la que era el jefe indiscutido, y les expuso su plan. Todos aceptaron la empresa poseídos de una exaltación sin nombre.

La kuriyú, que medía no menos de veinte varas, fue asegurada con lazos. Pirulí ató los extremos a la cincha del matungo y así arrastraron a la víbora muerta a lo largo de casi media legua hasta dejarla sobre las vías del ferrocarril en el brusco recodo que forman al salir del Corte Maciel, un terreno boscoso y en pendiente donde la locomotora no podría frenar de golpe. Pirulí había calculado todos los detalles.

El tren de pasajeros pasaba por allí a la caída de la tarde.



La gran locomotora negra coronada de humo y arrastrando fragosa-mente sus vagones iluminados, siempre había constituido una tentación demasiado fuerte para Pirulí y los suyos. En ese gran monstruo de hierro, de fuego y de rumor viajaba el misterio, lo desconocido, lo prohibido, lo que ellos nunca conocerían. En las ventanillas con luz que pasaban velozmente unas tras otras como ráfagas de una pesadilla coloreada veían caras humanas; las veían reírse y moverse felices, como si se burlaran de ellos que sólo tenían su selva, su estero, sus sabandijas, su desarrapada y miserable libertad en la que estaban cautivos.

Esta vez les tocaba a ellos; se vengarían del monstruo de hierro al que habían puesto en su camino un monstruo de carne y de sangre.

Se escondieron en la maleza para ver la lucha. Y lo que vieron no defraudó sus esperanzas.

Cuando el tren arrolló a la kuriyú, la rolliza cola escamosa y anillada se levantó como disparada por un resorte y chicoteó en los costados de los vagones proyectando chorros oscuros y hediondos a través de las ventanillas iluminadas. El terror agarrotó en la garganta de los pasajeros un solo y largo grito de angustia, de espanto, de muerte. No parecía un clamor humano, sino un chillido de bestias heridas. Pirulí y sus secuaces se estremecieron en sus escondrijos. Sus ojos brillaban como luciérnagas inmóviles y horrorizados entre la maciega. Vieron que muchos pasajeros se arrojaban por las ventanillas. Los más quedaron aplastados contra el sue-

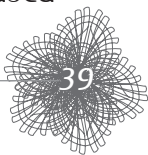
lo. Unos pocos huyeron despavoridos a campo traviesa, renqueando, chillando enronquecidamente sus pedidos de socorro. Uno se hincó al borde de la vía, entre los pedazos descuartizados de la víbora y empezó a rezar sollozando y golpeándose el pecho. La locomotora también pitaba desesperadamente, y sus metálicos alaridos hacían aún más pavorosa la escena. Las ruedas patinaron por la pendiente sobre los restos viscosos de la kuriyú.

Pirulí y sus compinches no vieron más porque huyeron de allí como apereáes disparando del fuego. Todo el pueblo vino a ver el accidente. Ellos, no. Ya lo habían visto y estaban satisfechos.

Pirulí sonríe soñadoramente. Ojalá pudiera volver a hacer alguna vez algo parecido.

-¡jhojhohóóó, cabayúúú...! ¡Vamooo, pue...! -los bodoques siguen estallando intermitentemente como burbujas rojizas sobre el apelechado lomo del matungo.

Las muelas cilíndricas giran secas. Su lamento entretanto se ha hecho más agudo. Pirulí se ha olvidado de alimentar el trapiche. Ha estado volando lejos de allí con su imaginación de pequeño pájaro sanguinario. De pronto se da cuenta de su olvido, de su negligencia. Siente por anticipado los chicotazos de la madre. Ella es implacable con sus faltas. Y su chicote de ysyó-po'í entra hasta los huesos. Pirulí recuerda el castigo que mereció por la aventura de la kuriyú cuando Karumbé'í, el traidor de la pandilla, acosado por la guasca



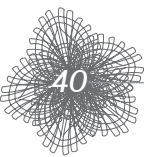
del padrastro, los delató. Eleuteria le pegó a su hijo hasta que se le durmieron los brazos. Pirulí se toca las cicatrices de la zurra y el recuerdo de dolor le vuelve a latir en las sienes como la picadura de dos rojas avispas enfurecidas.

Eleuteria viene saliendo del montecito con su hato de leña sobre la cabeza. Pirulí necesita encontrar algo pronto para disculparse, para desviar el justo enojo de la madre que él se imagina cómo caerá sobre él. Cierra los ojos. Araña en su interior. No encuentra nada, ¡nada! Ah, sí, encuentra algo. Se remueve un instante dentro de la blusa elásticamente y se lanza contra los rodillos del trapiche que empiezan a comer uno de sus brazos.

-¡Mamááá..., mamááá...! ¡Che yagarrá cooo la trapiche...!
¡Mamááá...! ¡Ayáyáiii, mamáítaaa...!

Los gritos de Pirulí son desgarradores. Las lechiguanas reuelan asustadas. El matungo sigue su marcha renga, sin oír, tirando del palo del malacate. Las terribles muelas cilíndricas siguen mascando el brazo de Pirulí. Ya lo tienen devorado hasta el codo. Eleuteria arroja su atado de leña, arroja el machete y se precipita desalada hacia el caballo para detenerlo. Lo detiene. El lamento del trapiche cesa. Pero siguen los gritos de Pirulí y de su madre, de dolor los de él, de espanto los de ella.

-¡Pirulí..., che memby...! ¡Por el amor de Dió...! ¡Socorro, gente kuéra...! ¡Trapiche ko oyagarrá che membype...!



Eleuteria hace girar en sentido contrario al caballejo. Prácticamente lo arrastra del bozal. Su fuerza es idéntica a su desesperación. Los rodillos van devolviendo poco a poco su mascada humana. El brazo de Pirulí va saliendo del trapiche convertido en bagazo hasta la mitad. Pirulí ha quedado extrañamente tranquilo. No llora, no se retuerce. Recobra su brazo en actitud reflexiva. Se diría que ya no siente dolor alguno. Los cilindros están apenas húmedos. Y el caldo verde y espumoso no ha perdido su color en las ollas negras que están debajo.

-¡Che memby...! ¡Pobrecito, m'hijo...! ¡Cómo pikó te decuide...! ¡Y e' el brazo derecho... tu bracito derecho, m'hijo, che Dió Santo...!

La desesperación de Eleuteria va tomando matices sombríos. Abarca el pasado y el futuro sobre el filo del momento terrible. Ve a su hijo lisiado para siempre. Se arrodilla delante de él y va a tomar el brazo herido como algo sagrado. La pobre mujer tiembla en todo el cuerpo. Es una hoja estremecida por el vendaval interior que destroza sus nervios. El pañuelo floreado se le ha caído de la cabeza y sus cabellos negros se han llenado de repentinas moscas de ceniza. Caen lacios y parados sobre su cara lívida. Pirulí está impasible, casi sonriente, concentrado en su pensamiento. Eleuteria toma por fin el brazo triturado y seco. La manga flota vacía en sus manos. No hay humedad de sangre, no hay pedacitos de huesos ni jirones de carne. Nada. Sólo la tela seca y vacía.



Entonces Pirulí, como congraciándose, saca el brazo entero, intacto, que lo tenía metido dentro de la blusa, entre el cinto y la piel, y se lo extiende a su madre.

-Aquí e'étá, mamaíta, mi brazo. Para engañarle un poco nomá ko hice...

Ciega, trémula, jadeante, bruscamente transformada, Eleuteria grita agachándose:

-¡Mita'í tepotí...! ¡Hijo del diablo...! ¡Añá... añá...!

Levanta el garrote del suelo y descarga un gran golpe sobre la cabeza de Pirulí, que cae sin un grito y queda inerte a los pies de Eleuteria.



2.6 Vereda y Calle

Alejandra Oliver Gulle

Incierto Casisí, había nacido de una relación incierta y eso, sumado al nombre, lo había marcado de por vida. Tal es así que cuando se levantaba nunca sabía con certeza si se había levantado de dormir la siesta o de dormir la noche, entonces derecho se iba a la ventana a buscar al sol; y ahí se orientaba. Por eso cuando los días estaban nublados o lluviosos se daba por vencido y directamente salía a la calle sin tener claro si debía volver para almorzar o para cenar.

Pero él iba. Ya no le importaban las preguntas, era tiempo de hacerse al horizonte con alguna especie de seguridad sobre algo...así que decidió con una rotundidad impropia de su propia personalidad, que se iba a apoyar en la única seguridad concreta que tenía en su vida: estaba seguro de que “jamás estaría seguro de nada”...hasta que la conoció a ella....mhhhh ella.... Déjenme que lo escriba de nuevo...ella....mh mh mh....

Rotunda Decidida García.

Evidentemente como casi todas las cosas de la vida, el encuentro entre Incierto y Rotunda ocurrió porque tenía que ocurrir. Son las coordenadas exactas, mal llamadas coincidencias, que se juntan por obra y gracia de la perfecta combinación de energías cósmicas (fenómeno también llamado destino).

La cosa es que ambos se vieron ese día pero ninguno de los



dos se atrevió a hablar al otro. Incierto: porque dudó y Rotunda (a pesar de que Incierto le gustó de una) porque estaba segura, de que él era un hombre inseguro.

Sin embargo apenas ella llegó a su casa se planteó la disyuntiva. La única disyuntiva que Rotunda había tenido en toda su rotunda vida y se dijo rotundamente a sí misma: “¡Rotunda... o tu razón o tus hormonas! Otra hubiera dicho “o la razón o el corazón” pero como ella era una mujer sin vueltas se preguntó las cosas por las claras. Y se respondió rotundamente: Las hormonas ¡que embromar!

Mientras Incierto Casisí, que estaba intentando cambiar, le dedicaba una canción al encuentro a la que tituló “Vereda y Calle”

Había una vez un cordón
que unía calle con vereda
De noche lo pisaba yo,
de día lo pisaba ella...
Pero una vez se demoró
la misma vez que fui temprano
y entonces pasó que ella y yo
en el cordón nos encontramos

Parece que Incierto (que estaba desconocido) no quiso que ella se le perdiera justo el día que la había encontrado; entonces, rotundamente, ese día la siguió.

A la semana entrante abandonó su empleo de encuestador y se puso un vivero con especialidad en margaritas. Estaba convencido de lo que hacía.



Pero a veces los caracteres son los caracteres. Casi un mes entero se la pasó...le toco el timbre... no se lo toco... le toco el timbre... no se lo toco...hasta que se lo tocó.

Y otro mes estuvo deshojando margaritas... le digo que la quiero, no le digo, le digo, no le digo...hasta que se lo dijo.

Ella, a esas alturas estaba al borde del ataque de nervios por la falta de decisión de aquel hombre tan poco apropiado para su perfil y sin embargo tan exacto para sus hormonas.

La cuestión es que un día en que Incierto estaba en su casa después de llevar dos semanas preguntándole a las margaritas... ¿la toco, no la toco?, ¿la toco, no la toco?...Tocan el timbre.

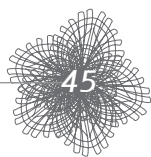
Fue un timbrado largo, rotundo...: Era ella.

Él, entre nervioso y sorprendido le abrió sin dudar. Rotunda le clavó la mirada primero en los ojos y después despacito, despacito, fue bajando por todo el cuerpo hasta detenerse justo en la parte más interesante del pantalón. Y sin decir una sola palabra, sin quitarle la vista de encima, aplastó la puerta detrás de ella con un golpe seco.

Un golpe que dejó bien claro que ella había llegado.

Que ella había llegado y que la puerta estaba cerrada.

Que la puerta estaba cerrada y que en aquella casa a partir de aquel momento se habían acabado las preguntas a las margaritas.



2.7 Las plantas también florecen en invierno

De: Cuenta cuentos América. Poemas, leyendas y relatos
Margarita Miró Ibars

Siempre nos han dicho que hay cuatro estaciones en un año de tres meses de duración cada una, primavera, verano, otoño e invierno, y que la primavera es la más hermosa. En esta estación no hace frío y todas las plantas florecen, la naturaleza se llena de vida. El verano es la estación de las frutas, del bullicio, de las vacaciones. El otoño está marcado por la caída de las hojas y entonces empieza hacer frío. Los días se vuelven grises y tristes, y en el invierno toda la naturaleza se muere, los árboles se quedan sin hojas y hace mucho frío los animales se esconden en sus refugios o migran a lugares más cálidos.

En la escuela nos presentaban un cuadro con cuatro figuras mostrando esos paisajes, luego nos decían que realizáramos una composición sobre una de las estaciones y todos escribíamos diciendo las mismas palabras.

Con los años salí del encierro mental y me di cuenta, de que las plantas del jardín estaban más hermosas en otoño, las rosas florecían y estaban más bellas que nunca, igualmente, la reseda, el jazmín y la coronita de novia igual florecían.

Y cuando me alejaba de la ciudad, tanto en otoño como invierno siempre, encontraba flores, flores de plantas rastrojas o de yuyos de enredaderas o de árboles; siempre había flores, siempre el campo estaba cubierto del aroma dulce

del néctar de alguna flor, y también había frutos y semillas, aunque según nos decían sólo en verano los árboles producen frutos.

Si ahora tuviera que escribir una composición sobre el otoño o el invierno diría:

Vivo en un país maravilloso como sacado de los cuentos de hadas, donde hay un sol que calienta todo el año y, si bien el verano es muy caliente, los árboles gigantes de copas verdes me protegen del sol y me brindan su refrescante sombra.

Si fuera por las flores nunca sabría en qué estación vivo, pues los duendes o los yvoty jaryji o los enanitos de color rojo, verde, amarillo, azul y violeta, todo el año se pasan haciendo flores para mi, de todos los colores: las que crecen muy cerquita del suelo y tengo que agacharme para verlas mejor y sentir su aroma, las que están a la altura de mi mano o las que al pasar entre ellas me cubren casi todo el cuerpo o las que sólo puedo ver de lejos por que cubren la copa de árboles gigantescos, los charcos y las lagunas también se cubren de flores.

Las laboriosas abejas tienen todo el año mucho trabajo, y siempre hay alguna mariposa, picaflor, o el cantar de las aves y pajarillos que nunca migran a otros lares buscando el calor del sol para sobrevivir, subir a los cerros. Tan pocos son los árboles que se quedan peladitos en invierno y si lo hacen es para luego vestirse de flores.



Nunca se nota un paisaje deprimente, triste, lúgubre donde todos los árboles estén sin su variado ropaje verde ni se encuentre una flor, ni me despierte sin la serenata de pajarillos.

Siempre están presentes mil tonos de verde que no los puedo pintar porque no existen tantos colores en los lápices ni en las témperas ni en las acuarelas, ni los puedo describir ni citar porque en el idioma que hablo no inventaron tantos términos para describir los tonos de verde que mis ojos captan y mi corazón siente.

Mis cerros y mis cordilleras están colmados de árboles. Son tantos que casi no se ve la roca desnuda. Me apasiona ver como las raíces se entrelazan entre las rocas como si ambos quisieran sostenerse mutuamente, me parece ver como si los duendes o los Ka'aguy jarýi estuvieran jugando a quien hace mejor escultura. Y si siempre viera la fría nieve y las montañas desnudas mi alma se enlutaría.

Tampoco puedo olvidar los mil tonos de luces que se dibujan en el cielo con las nubes después de una lluvia tropical, ni el resplandor de los relámpagos, ni el concierto de ranas y sapos saludando a las ondinas.

Me moriría de tristeza si viviera en esos países que tienen cuatro estaciones.

Carapeguá, marzo de 1995



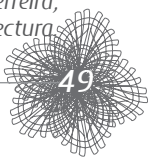
2.8 El Espantapájaros Soñador

De: JOTAVILLAZA
Jorge Villa Zapata. (Colombiano)

Las historias que se cuentan de Juancho García son muchas, pero ésta sí es la más desconocida:

Juancho García vivía en una chacra que había comprado, en medio del monte, en un ranchito blanco con techo de paja. Uno se asomaba por la ventana y lo que veía era como una colcha de retazos, con sembrados de arroz, trigo, frijol; pero en parcelitas pequeñas; parecía realmente una colcha de retazos. Más atrás se distinguía una quebradita cantarina, más allá la selva verde y en el fondo, un inmenso azul con unas motas blancas. Ahí vivía Juancho García, únicamente con su pequeña hija Juanchita García, y como por ahí no habían más niños, entonces ella se la pasaba jugando con los ratones de campo, trepando con las ardillas, conversando con los pájaros, y hasta con las hormigas y con los peces, y con unos árboles muy viejos y sabios que había detrás de la casa, de esos árboles a los que les cuelgan unas largas melenas que reciben el nombre de “barba de viejo”. Un día su papá la vio conversando con unos animales, la llamó y le dijo: Mi hija, te vas a volver loca, mañana mismo te llevo para la ciudad a la casa de tu tía Josefina, para que ella termine de educarte; ¡los animales no hablan! ¡Andá para tu cuarto! Entonces Juanchita se fue corriendo donde los animales y les contó lo que decía su papá y los animales le

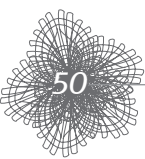
Este cuento fue escrito por Jorge Antonio Villa Zapata - Jota Villaza (Medellin-Colombia) utilizando el lenguaje propio de la región de Antioquia o “País Paisa”, como se conoce a una vasta región de Colombia, para los efectos del presente proyecto la narradora Laura Ferreira, con autorización del autor, ha realizado adaptaciones lingüísticas a fin de facilitar la lectura



contestaron: “Claro que nosotros sí hablamos, tú nos oyes hablar perfectamente. Es que los viejos no nos oyen hablar porque ya se les olvidó cuando eran niños y se les endurecieron las orejas del corazón y no oyen a los animales por que perdieron su capacidad de imaginar”. Y Juanchita y ellos seguían tan amigos.

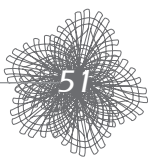
Una vez los pájaros invitaron a Juanchita García a que se fuera volando con ellos a conocer lindas tierras donde ellos vivían y mirara cómo se veía todo hermoso desde el cielo; Juanchita corrió a pedirle permiso a su papá, que ahí sí se enojó: “Mi hija, te estas volviendo loca, mañana mismo te llevo para la ciudad a la casa de tu tía Josefina para que termine de educarte, yo no me encargo mas de vos. ¡Los niños no vuelan! ¡Andá para tu cuarto!” Ella corrió a contarle a los pajaritos lo que decía su papá, y ellos le contestaron: “Claro que los niños sí pueden volar, los grandes no vuelan por falta de ensayo, pero si haces el ensayo, podrás volar con nosotros, así como nos oyes hablar” Pero como su papá no le había dado permiso, ella no se quiso ir a volar.

Juancho García lo único que veía ahí era un montón de aves y animalejos que comían los sembrados, entonces decidió poner remedio de una vez por todas, decidió hacer un espantapájaros: Juanchita se ofreció muy entusiasmada para ayudarle y se fue a la quebrada para traer unas enormes cañas, largas, firmes, huecas, con las que le construyeron el esqueleto al espantapájaros; lo que Juanchita García no sabía, y Juancho García que no tenía imaginación, menos, es que esas cañas estaban destinadas desde chiquititas, por sus



hadas madrinas, a que cuando grandes serían flautas dulces. Juanchita fue muy lejos en un cerro muy alto, porque había visto una paja dorada muy hermosa sobre el césped que despedía una luz brillante; con esa paja hicieron el cuerpo del espantapájaros. Lo que ellos tampoco sabían, es que esa paja no era tal, sino que eran unos rayos de sol que se habían quedado dormidos sobre el césped y les había gustado tanto que no habían querido volverse al cielo. Juanchita se acordó de que una noche muy hermosa ella había visto dos lunas; en el enorme cielo oscuro una luna llena preciosa y en la laguna ella había visto otra luna; allá fue y la encontró, con ella le formó la cabeza, con una tajada de sandía le hizo la boca y ahí le dejó unas pepitas para que fueran los dientes, con dos uvas le hizo los ojos y con un gran tomate colorado le hizo la nariz. Fue hasta los árboles sabios que eran sus amigos, y ellos le regalaron unas largas melenas, pero estas eran de todos los colores, se mecían muy lindo y despedían rayos de luz de cristales; con esa melena le hicieron el cabello. Los pajaritos recogieron flores y plumas de colores y con ellas le hicieron un sombrero de cuentero; lo que jamás confesaron los árboles sabios es que esas no eran ninguna barba de viejo; eran las lágrimas de un dragón enamorado que murió a punta de suspiros hacía mil milenios de millones de años, por la dragoncita que lo abandonó; Juanchita se fue y recogió todas las florecitas del campo y le tejió un vestido; cortó un pedazo de arco iris y le hizo un poncho y, quedó listo el espantapájaros...

...¡Qué digo espantapájaros! Eso les quedó tan lindo, tan colorido, que no podía más que llamar a todos los pájaros,



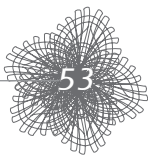
era un llamapájaros; allá llegaron los pájaros de todos los colores y tamaños, pájaros de dos, tres, cuatro y cinco ojos, pájaros extranjeros que piaban en inglés, francés, alemán, chino, esperanto, mandarín...en todos los idiomas. Y no sólo ellos; los vientos de los cuatro costados del mundo oyeron hablar de ese hermoso espantapájaros y quisieron venir a conocerlo, entonces al pasar por entre las cañas de su esqueleto se oían las canciones infantiles más hermosas, que se las habían enseñado los niños de los cuatro costados del universo. Además, allí estaba la música de todos los instrumentos, los arpeggios de todas las melodías. También estaba la tortuga voladora, Rafa la jirafa, Dante el elefante, Gina la Gallina, Julieta la Gallineta, Soraya la guacamaya, Simona la mona, El mico Federico, El pato Renato, Ramón el ratón, Eugeña la cigüeña, el loro Heliodoro, el pato Patetas y el ganso Gandul.

Un pájaro vestido de frac muy elegante, con pecherita blanca y caminaba muy gracioso, dijo que él venía del sur, donde hace mucho frío, la gente vive en casas de agua y se alimentan de puro hielo. Otro pájaro dijo que él venía de oriente, donde todo era arena por todos lados hasta el infinito, y que la gente se alimentaba de fuego y sangre. Soraya la guacamaya dijo que ella venía de allí no mas, del sur, cerquita, que allí gobernaba la reina Colorina con justicia, paz y armonía, y habitaban todos los colores bajo un inmenso manto verde. Juanchita García estaba emocionada con todo lo que contaban los animales, pero Juancho García, que no tenía fantasía ni imaginación, lo único que veía era un montón de aves y animalejos que se le estaban comien-



do sus sembrados y le estaban ensuciando el espantapájaros, entonces agarró la escopeta, la cargó de perdigones... apuntó...y disparó. Allí quedaron tendidos en el suelo, con el pecho destrozado y en un reguero de plumas bañadas en sangre, la tortuga voladora, las canciones infantiles de los cuatro vientos, Rafa la Jirafa, Dante el elefante, Gina la gallina, Simona la mona, Soraya la guacamaya, el pato Renato, Ramón el ratón y el pato patetas. Juanchita García lloró, lloró amargamente como nunca lo había hecho en su larga vida...de cuatro años, entonces Juancho García le dijo “Ahora sí mi hija ya estas totalmente loca, mañana mismo te llevo para la ciudad a la casa de tu tia Josefina para que te termine de criar; yo no me encargo mas de vos, ¡Los niños no lloran por unos animaluchos muertos! Andá para tu cuarto. La niña se fue a su cuarto y siguió llorando, llorando.

Esa noche Juanchita dormía profundamente cuando oyó unos ruidos en el patio, se asomó y vio una bandada de palomas torcazas y de pajaritos de colores que volaban alrededor del espantapájaros, y éste empezó a mover los brazos, y se fue elevando, elevando... hasta que sólo era un puntito negro en la noche... y se perdió. Juanchita salió corriendo a la habitación de su papá y le contó que el espantapájaros se había ido volando y él contestó: “Ahora si mi hija, estas definitivamente loca, mañana mismo te llevo para la ciudad a la casa de tu tia Josefina para que ella te termine de criar, yo no me encargo más de vos, ¡los espantapájaros no vuelan! ¡Lo que viste habrá sido algún vecino envidioso que se lo robó! ¡Ahora andá para tu cuarto! Juancho García agarró la escopeta y se fue a buscar su espantapájaros, al otro día



regresó cansado de buscar sin encontrar una sola huella, llegó a la casa con los pies hinchados, las botas al hombro y la cara rayada de espinas de monte; se tiró en su camastro y no podía dormir, tenía palpitaciones, pesadillas y pensaba: definitivamente esta niña me está volviendo loco, yo no la entiendo, es una mentirosa, diciendo que los espantapájaros vuelan, y que bandadas de palomas y pájaros de colores, puras mentiras; de verdad que mañana mismo la llevo para la ciudad a que le termine de educar su tía Josefina. Yo no me encargo más de ella.

A medianoche Juancho García sintió un ruido en la habitación de la niña, se asomó y todavía alcanzó a ver una bandada de palomas torcazas y de pajaritos de colores que volaban alrededor de su hija; ella empezó agitar los brazos y se fue alzando, rompió el techo y se elevó. De nada valieron los ruegos, las súplicas, los gritos desesperados de Juancho García porque ella se elevó, se elevó y voló y voló y voló hasta que sólo fue un puntito negro en la inmensidad del firmamento... y desapareció.

Desde aquel día Juancho García, todos los días saca bandejas de granitos de trigo, de arroz, de maíz picado, migas de pan, para alimentar la esperanza de que vuelvan los pajaritos a alegrar su jardín, para alimentar la ilusión de que vuelva el espantapájaros a adornar su patio, para alimentar el sueño de que con ellos vuelva su hijita a alegrarle el alma.

Desde ese día Juancho García alimenta su sueño, porque ahora sabe, a ciencia cierta, que los hijos son un sueño que un día se echan a volar.



2.9 Recuerdo de Reyes

*De: Cuentos, microcuentos y anticuentos
Mario Halley Mora (paraguayo)*

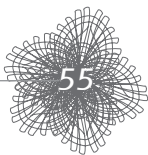
Pasó hace mucho tiempo. Cuando mis noches de Reyes eran noches de insomnio. Cuando toda la felicidad humana se centraba en la respuesta que recibiría a la blanca interrogación de mis zapatos, mojados de luna y rocío, que velaban sobre la ventana. Cuando yo era niño, y sabía que bastaba serlo para creer.

Yo creía en los Reyes. Pero en el barrio éramos muchos. Y otros no creían. Como Robertí.

Cuando hablábamos, aquella noche del 4 de enero de un año lejano, de la próxima venida de los reyes, surgía Robertí como un pequeño demonio de la negación, y riéndose con su boca fea y sus ojos bizcos, atropellaba:

- ¡Pero qué zonzos son! Lo Reye no hay. Lo Reye son tu papá que te pone en tu zapato mientras vo dormí.

Le pedíamos una prueba. Y él nos replicaba que su papá “le había contado todo”. Entre otras cosas, que “lo Reye son una macana inventada por lo juguetero para vender”. Entonces, yo dudaba un poco, porque lo había dicho un papá; es decir, un ejemplar semi-divino (pero no tanto como el mío) que generalmente tiene una respuesta sabia para todas las preguntas.

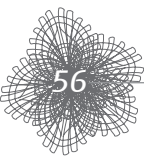


Claro es que en aquella edad no sabía que el amor de los padres, de la misma manera que ponía en sus bocas mentiras dulces, también sabía poner verdades amargas. Que era el caso, hoy lo comprendo, del papá de Robertí, a quien, en el recuerdo, vuelvo a ver desmedrado y flaco, trabajando mucho y ganando poco, sin darse tregua en el trabajo, tanto, como la exigía el pan para sus seis o siete chiquillos enfermizos.

Felizmente para mí, formaba parte de aquella “barra” infantil Juan Carlos, que tenía mi misma edad, pero un millón de años de experiencia.

Juan Carlos era impecable en todo. Era el mejor jugando al fútbol, pero nunca destrozaba su ropa. En la escuela, cada año se llevaba, con sonrisa señorial, el premio en “aplicación y conducta”. Su padre era un brillante abogado. Y su madre había muerto, precisamente un 5 de enero. Sobre esa casualidad triste, él solía darme la explicación que a él le había dado su padre.

Por eso, la negación que Robertí nos lanzaba al rostro como una pedrada cruel hería con mucha más intensidad a Juan Carlos. Y aquel 4 de enero, Robertí colmó la medida y tuvo lo suyo. Juan Carlos, para nuestro asombro, perdió su invulnerable compostura, y como el mejor “moquetero” del barrio, propinó a Robertí la más grande paliza que yo había visto en mi vida. Lo golpeó concienzudamente, casi con saña.



Recién ahora comprendo a Juan Carlos, porque comprendo hasta qué punto necesitamos volvernos guerreros para defender lo que creemos, o por lo menos, lo que necesitamos creer.

El epílogo de aquella pelea fue extraño. Robertí lloró, pero Juan Carlos, un poco ídolo caído, lloró más. Entonces creía yo que por sí mismo. Hoy creo que por Robertí.

Hubo después una explicación entre los respectivos padres. Y cuando Juan Carlos tuvo que rendir cuentas al suyo, acudí de testigo. Conté todo al padre de Juan Carlos, y salí pensando después que el papá de mi amigo era bastante raro, porque en vez de “retarle”, le abrazó y le dijo:

- Mirá, mi hijo. A los que no creen no se les pega. Se les enseña o se les perdona.

Y había cuatro lagrimones. Dos en los ojos del hijo, dos en los ojos del padre.

Llegó la noche soñada del cinco de enero. Yo había pedido un trencito “con vía y todo”, pero recibí, como todos los años, una bolsita de caramelos, que eran dulces, pero me sabían amargos.

Salimos después a la calle a intercambiar noticias. Y aquello fue la sensación. A Juan Carlos, el hijo del abogado próspero, los Reyes no le trajeron nada. A Robertí, el hijo del empleaducho en crisis, le trajeron lo que es la suma de todos los sueños: una bicicleta.

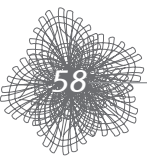


Y Juan Carlos no estaba triste. Miraba a su papá, y sonreía.
Y su papá lo miraba a él, y sonreía también.

Irradiaban felicidad.

Hoy comprendo la razón. Robertí creía.

La mamá de Juan Carlos seguía caminando por los caminos
del cielo, detrás de los Reyes Magos.



2.10 Detrás de los vidrios

Eduardo Chaves

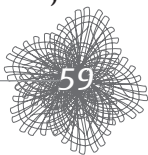
Mi abuela era hermosa. Se peinaba haciéndose una trenza y luego la convertía en un rodete a la altura de la nuca.

Recuerdo sus manos ágiles, jóvenes y ligeras como alas de mariposas que trenzaban el cabello blanco con una suavidad que parecía un sueño.

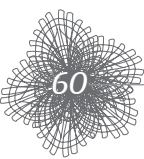
Una noche me dijo: “Te voy a contar algo que no es un cuento. Las hadas, existen. Yo las he visto varias veces, cuando era niña. Aparecen detrás de los vidrios de las ventanas, las noches de lluvia”.

Esa noche llovía. Se escuchaban lejanos truenos que sonaban como tambores en la oscuridad y mi abuela había venido a mi cuarto porque yo no podía dormir. Los truenos me daban miedo. Ella me siguió contando: “Los truenos son la tos de las hadas, como hace frío y se mojan hasta llegar a las ventanas de los niños que no pueden dormir, a veces tosen fuerte. Cuando suenan como tambores, es porque las hadas tienen catarro. Una noche vi una de cerca, se asomó a la ventana y me sonrió. Desde esa noche, nunca más tuve miedo a los truenos.”

Yo miré hacia la ventana, las gotas de lluvia dibujaban líneas brillantes contra los vidrios, y recuerdo que de pronto, vi un rostro hermoso que sonreía desde afuera.



El tiempo ha pasado y ahora soy grande. Les cuento a mis nietos que las hadas existen y que no hay que tener miedo de las tormentas. Pero cuando les hablo de las hadas, agrego algo de mi propia memoria, les digo que las hadas son ancianas hermosas que se peinan con una larga trenza blanca que convierten en un rodete a la altura de la nuca.



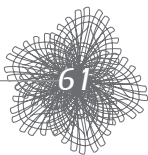
2.1.1 Canta el gallo

De: La mano en la tierra y otros relatos
Josefina Plá

- ¿Le ois cantar al gallo?... Dijo Ña Ester a la comadre entre dos sorbos de mate dulce de coco.
- Oiga. Mal agüero- asintió Ña Eduvigis, haciendo rezongar el porongo y pasándolo a ña Ester.
- Alguien va a morir en la vecindá - dijo Ña Ester.
- Por el que está enfermo, es que quiere avisar - recordó Ña Eduvigis.
- Y si no muere, por lo menos una desgracia grande - dijo Ña Ester.

Era el gallo de Don Pedro, el vecino de enfrente de Ña Ester. En esta época de gallos y pollos de doble pechuga baratos, Don Pedro continuaba criando con sobras en jaula unos cuantos volátiles que crecían muy despacio y morían con frecuencia de enfermedades, yendo a parar al patio de la vecina; porque él no tenía en su casa un metro cuadrado donde enterrarlos y el basurero se negaba sistemáticamente a llevar lo que no fuese basura limpia. (Cada muerte de volátil llevaba a Don Pedro, en boca de la vecina, a orilla del homicidio).

- Y no para - dijo Ña Ester.
- El maleficio es grande, se ve- acotó Ña Eduvigis.



El gallo seguía en efecto cacareando en monótona consigna. Se le sentía ya casi afónico al final de cada acorde. Cacareo continuado, alarmante, que lanzaba en la noche tranquila su obstinado rebato.

Las comadres callaron. Trasegaban el mate sin mirarse, íntimamente apavoridas, llenas de interrogantes que se ocultaban una a otra cuidadosamente. Porque si no decís lo que pensás, no pasa. El hijo de Ña Ester trabajaba en el muelle; el de Ña Eduvigis tenía un bolichito unas cuadras más allá en la orilla, donde las borracheras y trenzas eran frecuentes. Ña Eduvigis no dormía mientras el marido no llegaba, y pasaba su tiempo a menudo en lo de Ña Ester. La hija de ésta, Lucy, dormía tranquila en su cuartito abrazada a su muñeca. Diez años, tercer grado, “todos nuevos”.

- Ha de ser aviso para enfermo.

- Seguro- cabeceó Ña Eduvigis.

- Y en efecto, dos días después murió el abuelo de Ramón, el joven futbolero que andaba haciendo pinitos para entrar en “segunda inferior” de no sé qué club. El viejo no estaba enfermo de ninguna enfermedad; lo estaba de todas, porque era muy viejo. Pero Ña Ester y Ña Eduvigis respiraron. Se había cumplido el frenético y ominoso aviso del nocturno cacareo alborotador. El gallo había dejado de cantar. Seguramente dormía como deben dormir los gallos modosos; desde el anochecer a la mañana, sin intermezzos de alarma gratuita.

Una tarde, pocas semanas después, Lucy llegó de la escuela con dolor de cabeza. Un fuerte dolor de nuca que no cedió a

ninguno de los remedios habituales: rodajas de limón en las sienes, hoja de tártago; ni siquiera la cafiaspirina que a las cansadas envió la madre a buscar en el almacén de la esquina. Lucy no cenó y se acostó febriciente y cansada.

- Seguro pescó un aire, dijo Ña Eduvigis.

El día anterior había estado jugando en la plaza hasta muy tarde.

Al día siguiente, Lucy amaneció peor. Le dolía horriblemente la nuca, y no podía mirar la luz. Ña Ester la hizo levantar y la llevó a lo del curandero, quien la observó, diagnosticó indigestión y sol en la cabeza, y le dio una botella con un remedio que no olía nada bien, y que la enferma trasegó entre llantos.

La chica estaba mal sin duda; pero como el gallo no cantaba, Ña Ester no encontraba aún motivo para preocuparse.

Pasó la tercera, la cuarta noche. La chica no mejoraba; pero el curandero que la visitó decía que había que esperar, no más; que en siete días todo empezaría a pasar. Y así anocheció el sexto día sin que Lucy mejorase. Lánguida, pálida, ardiendo de fiebre. Pero Ña Ester le tenía fe al curandero.

- Mañana seguro empiezas ya a mejorar.- Y con esa confianza se acostó y no tardó en dormirse, pero estaba cansada por demás.

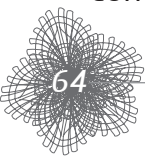
A altas horas ya, despertó con una sensación de angustia. ¿Cantaba el gallo?... Sí, cantaba. Aunque no con el ritmo frenético de otras veces; más espaciados sus cacareos, pero no

menos urgentes en su acorde; abreviadas de notas, como si tratase de decir taquigráficamente algo terrible. Ña Ester no quería oirlo. Se tapó la cabeza. Cuando volvió a despertarla el gallo seguía cantando igualmente pero mas espaciado como si empezara a sentirse cansado. Ña Ester se volvió a tapar la cabeza de nuevo. Cuando se la destapó por segunda vez ya había callado, aunque en algún momento le pareció oirlo débilmente. Respiró, aliviada. Pero no se pudo volver a dormir. Siempre le pasaba igual cuando cantaba el gallo. Quedaba despierta por horas sin poder conciliar el sueño. ¿Para quién habría cantado el gallo?... No había nadie enfermo en la vecindad. Un par de viejos, si, pero sanos todavía... Su Lucy... no estaba tan enferma para pensar que cantase para ella. Además, si se hubiese sentido mal habría llamado a su madre.

Se acercaba el amanecer. No podría dormir más. Se levantó. Prendió la vela, fue hacia el cuarto de su hija, miró la cama. Qué mal dormía la chica. Hasta corría el peligro de caerse. A sus diez años. Se inclinó hacia ella, intentó moverla para hacerla entrar mejor bajo la sábana.

Tardó en girar, porque tardó en hacerse cargo. El brazo de la chica estaba casi frío. Lucy había muerto durante el sueño, ahogada...Era aquel el cacareo de trasoñado acento del gallo, que ella había creído oír...

....Sólo después del entierro - diez o doce mujeres y niños a pie tras el féretro pequeño llevado por cuatro vecinos de buena voluntad -, sólo al segundo o tercer día del novenario de rezo, supo Ña Ester que Don Pedro se había comido el gallo con tallarines dos días antes de enfermar Lucy.



2.12 Pequeña historia de amor grande

Alejandra Oliver Gulle

Ella masticó una tras otra las letras que lo nombraban a él, y una tras otra, se las tragó.

Para que su amor ya no tuviera nombre.

Luego hizo añico la foto del portarretratos, y también masticó y se tragó cada pedazo.

Para que su amor ya no tuviera rostro.

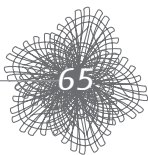
Más tarde rompió todas las cartas de amor que él le había escrito y uno tras otro masticó y tragó cada trozo.

Para que su amor ya no tuviera historia.

El empacho le duró toda la semana, el amor, toda la vida.

Murió a los noventa años de un ataque al corazón. Los médicos que le abrieron el pecho en un intento desesperado por salvarle la vida le encontraron la aorta obstruida con un pequeño pedazo de papel amarillento.

Estaba escrito con letra de hombre y decía TE QUIERO.



2.13 Competencia entre Avestruz y Garrapata

*De: Historias Nivaclé contadas por mujeres
Compiladora: Amelia Barreto*

El Avestruz programó una carrera con la Garrapata para comprobar la veracidad de que ésta era muy veloz.

Fue junto a ella y le dijo:

- Vengo a retarte a una carrera, porque por ahí dicen que nadie puede ganarte.

Quiero competir contigo. La garrapata contestó:

- No puedo, frente a vos me siento muy inútil.

Pero el Avestruz insistió:

- No finjas. Levántate y empezamos la carrera, no te hagas el flojo.

Entonces intervino el abuelo Garrapata:

- Ya que este señor insiste, acepta la propuesta del amigo Avestruz. Vamos a hacer una apuesta si el retador acepta.

El Avestruz aceptó.

El abuelo le dijo a su nieto:

- No temas. Vas a ganar, y el nieto Garrapata aceptó. Y dijo:



- Compitamos entonces. Vamos al lugar de la competencia, y allá fueron todos.

Del lado norte se ubicó la familia de la Garrapata y hacia el sur la familia del Avestruz, pero antes acordaron en qué consistiría la apuesta.

La garrapata se ubicó en la línea de partida y le dijo muy seria al Avestruz:

-Te sugiero que te adelantes un tanto, que a mí no me cuesta nada alcanzarte. El Avestruz se sintió ofendido, burlado y contestó:

- Me crees tan inútil, levantó sus alas y dio unas vueltas alrededor de la Garrapata, haciendo una demostración preliminar de lo que sería la competencia.

Cuando por fin se pusieron todos de acuerdo y se colocaron en la línea de partida los dos competidores, el Avestruz le dijo a la Garrapata:

- Adelántate unos diez metros. La garrapata aceptó y empezó la carrera.

El Avestruz rápidamente se le igualó a la Garrapata, entonces ésta comenzó a saltar encima de la cabeza del Avestruz para luego ubicarse justo sobre el párpado derecho.

El Avestruz corría y corría cada vez más, porque cada vez que levantaba la mirada o de reojo veía a la Garrapata y

cada vez aumentaba la velocidad, porque creía que la Garrapata corría más que él. Sin embargo ésta jamás corrió.

Al acercarse a la línea de llegada la Garrapata saltó justo delante de él y el comité calificador le dio la victoria a ella.

El grito de triunfo de la familia de la Garrapata fue interminable, aunque ella jamás se esforzó.

La familia del Avestruz se retiró avergonzada y decepcionada, por que creían que su amado hijo Avestruz era el más veloz.

Moraleja: “No desafiar, disminuir o menospreciar al prójimo”.

**Así contaban mis abuelos.*

Muy simpático y aleccionador este relato. El triunfo del ingenio sobre la fuerza.

En los tiempos modernos en que oprimiendo un botón se pueden disparar de manera instantánea una docena de misiles parece ser que la fuerza bruta ya no hace falta.

En la época en que los seres humanos vivían en cuevas y cavernas y debían defenderse de grandes depredadores esa fuerza era indispensable pero en la medida en que el hombre fue logrando poner a su servicio a los elementos de la naturaleza de la cual era (es) una parte, la fuerza fue cediendo ante el ingenio.

(*) Nota de la autora

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Zubizarreta, C. (2007). Páginas Escogidas. Colección Imaginación y Memorias del Paraguay N° 12. Asunción: Editorial Servilibro para ABC color.

Halley Mora, M. (1987). Cuentos, microcuentos y anticuentos. Asunción: Editorial El Lector.

Quiroga, H. (1917). Cuentos de amor, locura y muerte. Extraído de: www.biblioteca.org.ar/libros/211732.pdf

Roa Bastos, A. (2003). Cuentos Completos. Colección Homenaje. Asunción: Editorial El Lector.

Acosta, F; Krivoshein, N; Martínez, C. (2005). Tetãgua remimombe'ũ. Cuentos Populares Paraguayos. Asunción: Editorial Servilibro.

Miró, M. (2007). Cuenta cuentos América. Poemas, leyendas y relatos. Quito: IPANC

Ferrer, R. (1994). Desde el encendido corazón del monte. Asunción: Editorial Arandurã.

Villa, J. (2000). Soñemos Cuentos. Editorial VIVALAPALABRA.

Plá, J. (2007). La mano en la tierra y otros relatos. Asunción: Editorial Servilibro.

Barreto, A. (2011). Historias Nivaclé contadas por mujeres. Asunción: Secretaría de la mujer de la Presidencia de la República y Editorial Servilibro.

